

**PEQUEÑA BIBLIOTECA ECUATORIANA.—Nº. 2**

Colección de literatos antiguos y modernos.—Se publica

bajo a dirección de Carlos H. Endara (Dilettante)



**EDUARDO MERA**

**DE LEJANAS TIERRAS**

**PRECEDIDO DE UN PROLOGO DE**

**DILETTANTE**

**JUNIO, 1928**

**50 CTVS**

## NOTA LIMINAR

La Novela Corta, intitulada, "De Tierras Lejanas", que encabeza este volumen, es una producción rigurosamente inédita de Eduardo Mera. Los originales han permanecido hasta hoy guardados con vigilante cariño por el Sr. Dn. Eliecer Enríquez B., a quien se los obsequió el autor como una prueba de predilección amistosa, cuando el señor Enríquez era ayudante del Sr. Mera en la Dirección de la Biblioteca Municipal de Quito.

Este inteligente muchacho ha querido cooperar al más rápido triunfo de la "Pequeña Biblioteca Ecuatoriana", cediéndonos el original para su publicación, favor que estimamos en lo que vale y que agradecemos muy sinceramente por el bien que entraña para la cultura naciona

BIBLIOTECA NACIONAL

R-161-SN

9-2-E-2-

Quito-Ecuador

Junio de 1928 — Pequeña Biblioteca Ecuatoriana

Colección de literatos antiguos y modernos. -- Se publica

bajo la dirección de Carlos H. Endara (Dilettante)

*EDUARDO MERA*

*DE LEJANAS TIERRAS*

9735 1993

PRECEDIDO DE UN PROLOGO DE

*DILETTANTE*

**QUITO**

Tip. de la Escuela de Artes y Oficios

1928

## NOTA BIOGRAFICA

Eduardo Mera nació en Ambato-Ecuador-el año de 1872 y murió en Atocha, la quinta heráldica que poseen los Meras en Ambato, el 21 de Mayo de 1926.

En 1910, realizó un viaje a Europa, en donde enriqueció su bagaje cultural y recogió bellos motivos para sus cuentos, como el que aparece en este volumen.

Fuó periodista de combate y su labor como tal se halla dispersa en innumerables periódicos de la época como "La Linterna", "La Patria" y otros.

Su obra literaria, así mismo, se halla regada en múltiples revistas y periódicos; pero principalmente colaboró en "Iis", en la revista de la "Jurídico Literaria", en "Ecuatorial" y "Cultura"

Publicó un libro de novelas intitulado "Serraniegas" y otro de artículos costumbristas llamado "Cebos sueltos"

Dejó inéditos el segundo tomo de "Serraniegas", su novela criolla "Al pie de los Andes" y "Memorias de un loco", cuyos originales reposan en poder de su hermano Juan León.

## UN NOVELADOR CRIOLLO



Así como Rodembach se apropió del púcel colmado de penumbras de Rembrandt para cantar la poesía misteriosa de Brujas la Muerta, la ciudad de los canales oscuros y las aguas sombrías, yo quisiera apoderarme de la paleta maravillosa de Anglada Camarasa, el pintor del sol, para hacer el elogio de Ambato, la tierra perennemente grávida de frutos y fragancias. Cefelpeo e idílico, este rincón del Universo parece que hubiera sido la Tierra Prometida para recibir de herencia los altísimos dones y los atributos supremos de un egregio destino. Sus hombres tienen la arrogancia que palpita en el alma inaccesible de ese atalaya inmenso del azul que es el Tungurahua y, al mismo tiempo, poseen la dulzura exquisita, la bondad ingénita, la espiritualidad elegante, en suma, que se difunde en los seres que viven perpetuamente acariciados por la maravilla del paisaje, por el espectáculo

transfigurante de un mundo niño, enfermo de belleza y poesía.

¿Cómo Ambato no iba a producir hombres de selección y exultantes de anhelos de hermosura si su tierra toda es, a veces, una sonrisa de la naturaleza y otras es la obra inmensurable de un lapidario giganteo? Por eso, es que en la conciencia de los ambateños siempre ha florecido el amor a la belleza integral, que se traduce en el vértigo del ademán rebelde, en la fiebre del gesto reivindicador, en la urgencia para la acción definitiva y ennoblecedora. Habitantes apacibles de sus jardines nemorosos, amigos de la filosofía y el arte, los ambateños pertenecen a la estirpe de los luchadores clásicos. Poetas, escritores y artistas multifásicos, empero, cuando sonó la hora del motín y tocó arrebató el clarín de la asonada, dejaron siempre sus refugios platónicos, sus citas armoniosas, sus pláticas fecundas, para transformarse en hijos de Marte. Jamás negaron el contingente de su sangre para los cruentos bautizos de nuestras luchas ideológicas: Montalvo no acudió a las barricadas, pero su palabra levantó los vivas y sus apóstrofes trocábanse en fusiles y sus diatribas armaban de una suerte invencible el brazo de sus hermanos. Y así nació una falange de luchadores insignes: los Fernández, los Holguín, los Martínez, los Montalvo, los Urvina, los Cevallos, los Vela, los Viteri, los Lalama, los Vásconez, los Borja, los Albornoz, los Colina, los Sevilla, tantos, tantos!

## UN NOVELADOR CRIOLLO

Pero, terminada la misión constructiva y energética, todos los que no dejaron en memoria de su vida el recuerdo de un túmulo en la soledad de los campos de batalla, retornaron sin odios ni rencores a roturar el surco de la tierra y a cultivar su espíritu en las altas especulaciones intelectuales. De allí que Ambato tiene sitios de tan especial carácter y tan heráldica nobleza: son aquellas cálidas casonas donde innumerables apóstoles del pensamiento moderno hicieron carne de sus ideas y transfundieron el fuego de sus espíritus a obras de belleza perdurable. Ah! Yo no soy poeta; pero si sería hermoso cantar los recuerdos que flotan, las remembranzas que superviven, las saudades que melancolizan los campos, los jardines y los bosques del Fieco de los Montalvo, de la Liria de los Martínez, de la Atocha de los Mera.

•••

¡Los Mera! Pero ¿conocéis a los Mera? Sí, si los conocéis; pero no en la plena fulguración que irradian las faetas de sus almas. Familia que acuartela sus blasones y través de su vida e ilustra su nombre en la Sede del Arte, en forma tal, que el águila vigilante de las altas cumbres debiera ser el ave simbólica de su escudo. Empieza la dinastía = que no se compra ni se hereda, a excepción de los Mera = con su noble padre: Don Juan León. Novelista, poeta, crítico, el autor de "Cumandá" es una



## UN NOVELADOR CRIOLLO

gloria indiscutible a lo largo de las tierras de habla española. Pero, si en el esfuerzo perseverante y fecundo, encuentra el padre el pergamino de su aristocracia mental, más tarde serán sus vástagos quienes cimenten y afirmen el árbol genealógico de su nobleza intelectual. Amorosamente recogieron la herencia paterna y, millonarios de talento, supieron acrecentarla, para sobre el vértice de esas talegas de oro finísimo hacer flamear como una bandera el orgullo de su nombre...

Pero no es el caso hacer el elogio de Dn. Juan León, fértil escritor y poeta inspirado hasta llegar a la gloria condigna de forjar el Himno Nacional Ecuatoriano, ni tampoco de sus hijos, como Juan León, pintor y escritor, como Eugenia, alma exquisita de artista, que se embriaga en las espirales de la música como en los ritmos de la pintura, como Luis Anibal, amateur fervoroso, como J. Trajano, cuentista, diplomático, espíritu refinado y selecto, como Carlos Alfonso, el esteta admirable, de la estirpe de "los que callan", que decía Rodó, ni de Germánico, apasionado solitario del arte. Aquí tan sólo deseo bruñir una crónica breve sobre uno de ellos, sobre Eduardo Mera. ¿Se me permitirá un recuerdo? Yo frisaba apenas los años de mi primera juventud, cuando "las inclemencias del destino", como diría un trovador (para mi trovador quiere decir poeta romántico) torció seguramente mi porvenir, que se presentaba magnífico, llevándome

## UN NOVELADOR CRIOLLO

me a la redacción de "El Día" de Quito. Muchacho candoroso, exaltado y "melenudo", no obstante mi precoz calvicie de toda la vida, me entregué por entero al periodismo. Oh! Dante del Futuro: ¿por qué me dejastéis caer en semejante infierno? Bueno, no es que me queje, porque yo no me arrepiento de nada de lo que he hecho y he de hacer y si viniera el Hada Madrina que presidió mi advenimiento a la tierra y me dijese:

=El Porvenir es tuyo, hijo mío. ¿qué desearías ser?

Yo, sin dubitar un segundo, le diría:

=Diletante, señora madre mía, Diletante.

En efecto, empezaba recién la crisálida a romper en volaciones el aguilucho de mi persona, cuando un día cayó en la redacción del periódico Eduardo Mera. Me presentaron, nos conocimos y trabamos una gran amistad definitiva, a pesar de haberme yo en la iniciación del radio y el haber tramontado ya las tres cuartas partes del diámetro de la circunferencia...

Desde entonces empezó una labor asidua en el diario: escribía cuentos y novelas cortas para el folletín. A veces, artículos de costumbres. A menudo, burilaba versos armoniosos. Frecuentemente, forjaba historietas cómicas. Eduardo Mera, cuando yo lo conocí, era un escritor consagrado. Y yo lo leía con admiración y cariño. Aquella época está lejana: ya voy yo también pasando el centro de la

## UN NOVELADOR CRIOLLO

circunferencia que, a mi entender, es lo que quiso explicar Aligieri cuando escribió el verso: "*Nel mezzo cammino della vita*", pero mi admiración y mi cariño no han disminuido para este gran escritor, que fue también un gran amigo . . .

Mas, es necesario que confiese una cosa: yo he conocido muchos hombres en mi ruta; pero a pocos les podría aplicar con mayor justicia la definición magnífica que hacia de sí mismo Oscar Wilde "He puesto, decía, mi talento en mis obras; pero mi genio lo he puesto en mi vida". A su modo, Eduardo Mera puso también su genio en su vida. Espíritu fino y refinado, la gracia chispeante que destilaba en sus charlas íntimas, yo no sabría explicarme porque en sus cuentos se trocaba en sal. Porque es necesario diferenciar el paralelismo que existe entre la sal y la gracia. La sal es a la gracia lo que la cacajada a la sonrisa, lo que la broma a la ironía, lo que va de la desesperación al sollozo. Fraseología pura ésta, que parece no entrañara una definición; pero que en realidad significa que la sal es el chiste que se busca a todo trance y a pesar de todo y, que por lo mismo, lleva en sí un defecto sustancial, pues dilata el arco, pierde su armonía la curva, se afila la suavidad de los contornos. La gracia tiende precisamente a sostener la pureza de la línea, la fisonomía esencial de la figura, es decir, la precisión en la caricatura, la exactitud en lo grotesco.

## UN NOVELADOR CRIOLLO

la fidelidad, en suma, de lo hilarante, sin exagerar la imagen ridícula de las figuras ni excederse en la pintura lamentablemente bufona de los hechos...



Desde luego, al llamar defecto sustancial esta suerte de procedimiento novelesco, talvez me halle equivocado. Mas propio sería decir que Eduardo Mera puso a este defecto una cualidad sustancial: quiso hacer novela criolla y como no hallara dentro de la aldea y del villorio amplios panoramas para sus bellas exaltaciones artísticas, redujo el límite de la visión, salió en caza de espíritus pequeños, rebuscó modismos, descubrió poblachos y sorprendió todo una grotesca fauna de "bípedos implumes" y una caravana de hechos intrascendentales y minúsculos, pero que tenían, naturalmente, su sal y su pimienta...

Consecuentemente, él, que como hombre, veía las cosas con el binóculo al natural y explicaba sus visiones con arte exquisito, como escritor tuvo la obsesión de volver el aparato de revés para contemplar el espectáculo del mundo como un pequeño incidente digno de la careajada... de una careajada que volvía a empezar cada y cuando cogía la pluma...

De aquí, sin disputa, nació su criollismo, un criollismo que subsiste por todo lo alto, siquiera en el giro de las frases, hasta cuando rememora escenas nostálgicas y recuerdos inti-

## UN NOVELADOR CRIOLLO

mos de allende el mar como sucede con el bello episodio "De Lejanas Tierras" que encabeza este volumen mínimo. Pudiera decir, mediante el uso de un vocablo inaceptado todavía, que su empeño fervoroso era hacer la astrakanada de la novela criolla. Pero el arte criollo es algo más noble y será de una fuerza vital maravillosa cuando el escritor americano confunda el aliento de su pecho, las palpitations de su corazón, las vibraciones de su espíritu, con la inmensa alma de América, que espera ávida la comunión fecunda de sus hijos en la comprensibilidad y en el amor de la tierra, de la raza y de los ideales para forjar un mundo nuevo en lo político, lo social y lo artístico. Un mundo nuevo que saldrá mediante la renunciación al pensamiento ajeno y que llevará como cimera para la inmortalidad el nombre de América Autóctona . . .



Pero nadie podrá quitarle a Eduardo Mera el orgullo legítimo de haber sido en el país el más entusiasta cultivador de la novela criolla. Estaba colmado de dones y poseía en grado eminente ese atisbo especial para sorprender en los hombres y los seres el lado jocoso, la nota pintoresca, la mancha típica del paisaje, el "agridulce" de las almas. Aún cuando pintaba escenas sentimentales, siempre fluyó a la puata de su pluma ese tan humano dejo de lo noble

## UN NOVELADOR CRIOLLO

que lleva en sí mismo algo de grotesco... Su espíritu donairoso consonaba admirablemente con la gracia autóctona y con nuestra esencial manera nativa de pensar y de ver, de reír y hasta de llorar...

Y, sin embargo, de sus dotes maravillosas para el cuento autógeno, Eduardo Mera fué también un poeta de estirpe exquisita y delicada. Y es que, a veces, debía sentirse extraño en su propio suelo, nostálgico de horizontes desconocidos, enamorado de paisajes exóticos y ávido de la comunión con ignotas almas gemelas. Entonces cantaba, cantaba dentro de su pecho el ruiseñor de la poesía. El Mera de los cuentos criollos desaparecía íntegramente al impulso romántico del trovador apasionado, que vertía en la cornucopia de sus versos armoniosos toda la inmensa ternura que rebosaba su alma. Por que Eduardo Mera, antes que todo, fué un hombre "sentimental, sensible y sensitivo". Reía en sus novelas cortas para ocultar las lágrimas que desbordaban inexhaustas del ánfora de sus sonetos. Reía en el curso cotidiano de la existencia para acallar los sollozos de que estaba preñada la humana tragedia de su vida. Ah! Y es que la vida es así: un drama doloroso visto por el desapego de un comediante burlón!...

Se sufre por que sí, como se ama sin saber por qué. Pero el momento de cristalizar nuestra angustia, de trocar en palabras nuestro tormento, parece que una suerte de rubor nos

impidiera desnudar el alma a toda luz. Y si palpita el lloro en nuestras páginas, siempre persiste una especie de sonrisa, así como en el vértigo de la careajada, también se adivina, vibrante como una flecha en el aire, la convulsión del lamento. Eduardo Mera, por eso, nunca rió del todo como tampoco se abandonó al dolor por entero. Supo conocer la elegancia de la discreción sentimental hasta en sus novelas de garbo y donosura: su "Ángel", su "Justo por Pecadores" y las demás que integran el volumen "Serraniegas" dejan imprescindiblemente un vago sentido de amargura y sobre el espíritu la presencia penetrante de la melancolía y el desencanto...

Fué, por lo mismo, un gran novelista, que llevaba en su bagaje los elementos para trabajar grandes obras maestras. Por desgracia, su vida dispersa, las agitaciones de la política, los premiosos requerimientos del cotidiano afanar, no le dejaron tiempo ni reposo para el esfuerzo disciplinado y fecundo, que requieren las obras medulares. Y la muerte entró en complicidades con la vida y vino demasiado pronto escoltada por la cohorte esterilizadora de una larga enfermedad. ¿Que no habría hecho Eduardo Mera? Cantó y escribió mucho; pero yo creo que el día perfumado de Mayo, en que "Atocha" florecía de manzanos y cerezos bajo el cielo azul, la Intrusa se llevó la esfinge de su genio y el secreto de sus obras inmortales...

### DILETTANTE

*DE LEJANAS TIERRAS*



# DE LEJANAS TIERRAS

Para José Alejandro Guarderaa,  
cariñosamente

= ¿No ha escrito usted nada con motivo de su viaje al exterior? = me preguntó, no muchos días, una de esas curiosillas hijas de Eva, que gustan de imponerse a todo trance de las vidas ajenas.

= ¡Como no! = la respondí. Y si no, aquí mi cartera, esa cómplice que llevamos algunos en el bolsillo, para tormento de las bellas letras y de ciertos lectores desocupados. Sólo que la pobrecita mía se parece a un libro de cheques de un banco muy triste, el de mi corazón, contra el que giran mis recuerdos, que nada tienen de dulce, agradable...

= ¿Triste usted? Pero si yo le he visto a usted siempre alegre.

= Sí, alegre como unas pascuas floridas, de vez en cuando, como que tengo de Demócrito y Heráclito, ni más ni menos que ese pobre Ga-

rrik, tan manoseado, de Juan de Dios Peza, ¿verdad?

= Bueno, a ver esa cartera.

= Excusado pedírmela, amiga mía: mi letra es tan mala! Y luego, todo corre ahí a saltos y trompicones, de manera que sólo yo puedo entenderlo.

= ¡Esa cartera!

= Acabáramos!...

Y acabó mi amiga por arrebatármela de entre las manos, con el mejor de los modos. ¡La cartera!...

El alma nos la pillan y no se diga más!...

Pero como si tal cosa: la curiosilla no pudo descifrar ese dilatado jeroglífico y apeló a mi galantería para que yo mismo lo hiciera. Y hubo de complacerla.

= Conque, un recuerdo de viaje, de mi viaje *al exterior* se entiende, que los otros no tienen novedad, ni interés, ni cosa que se le parezca. Pues vamos. Mire usted, estos garabatos: significan una fecha; me he dado el lujo de ponerla en números romanos, cosa muy *chic* y moderna: "XII = XXIII = MCMX...".

= Ya! Diciembre... veintitrés... mil novecientos diez... La víspera de Noche Buena: estamos!

= Sí, la víspera de Noche Buena, a no disponer usted otra cosa, por ejemplo, que sea la víspera del matrimonio de cierta personita que yo me sé...

Y adelante.

## DE LEJANAS TIERRAS

“El cartero, el ser más amable de los mortales, me entrega una carta. La abro con la precipitación con que se suele abrir las cartas que nos traen algo siquiera de las refrigerantes brisas del nativo suelo, el dulce calorcillo del hogar distante, los besos, el alma de los seres amados ausentes. ¡Pero nada de eso!

¿Nada?... Sí, si hay algo de todo aquello en la carta que tiembla entre mis manos, como que lleva la firma de alguien muy querido al que no he visto cuatro largos lustros. “Ven, me dice, ven cuanto antes que quiero indemnizarme de mi larga ausencia con el más estrecho de mis abrazos”... ¡Poco me has pedido, oh, tú, el de la carta tierna y consoladora! Junto a tí, en tu hogar no habrá, de seguro, el frío que entumee el alma, de este triste hotelito que me albergó por obra y gracia de quienes me aventaron sin piedad lejos de la amada Patria; en tu rostro veré los rasgos fisonómicos de aquellos a quienes amo más que a la vida; en tu alma hallaré el alma de los míos, de los tuyos, de los nuestros, que allá se quedaron trás de los mares, trás de los montes, en los ojos el llanto y en nosotros fijo el pensamiento...

A liar, pues, los bártulos que no hay tiempo que perder. A bien que los bártulos son tan pobres y escasos!

Las dos de la tarde, y el tren parte a las tres. Conque, a tomar el metropolitano, a fin de llegar a tiempo a la estación del Este, de donde arranca el París = Lyon = Mediterráneo.

## EDUARDO MERA

que ha de llevarme a esa tierra de promisión, donde corre a raudales la leche y la miel de la poesía y el ensueño: a Italia.

Dos amigos me acompañan. Parecenme preocupados y tristes con mi próxima ausencia. Porque, fuera de la Patria, los amigos compatriotas suelen trocarse en hermanos del alma.

Yo, como que la honda pena me ha deprimido me siento aninado y cobarde y voy llorando, llorando *per dentro*, con la idea de dejarlos e irme tan solo. Y aquí encaja un recuerdo para esos amigos, para esos hermanos del alma, a quienes tanto debo en consuelo y felicidad: el muy distinguido abogado Dr. Dn. Luis Felipe Borja (hijo) y el eminente médico Dr. Dn. Francisco Cousin.

Allí la estación con su típico enjambre humano entrando y saliendo por las múltiples y amplias puertas, como las abejas de un enorme colmenar en plena actividad. ¡Qué inquietante ese afanar sin tregua ni descanso de la humanidad que va y viene, siempre ansiosa, siempre insatisfecha con una esperanza muerta dentro del corazón y otra en agraz dentro del alma!

*Hago cola en la taquilla; me llega el turno y pido un boleto para Geneve.*

=¿Para Geneve?... No, hombre; pídale para Gennes, me dice muy solcito el amigo Cousin, sonriendo un poquillo.

=¿Para Gennes? = le replico sorprendido. ¿No sabe usted que voy a Génova?

## DE LEJANAS TIERRAS

Cousín pide el billete y me lo entrega diciendo:

= Gennes es Génova, y Geneve... ¡Ginebra!

A poco más, iba yo a tenerlas en tierras de Calvino.

Luego aletean por lo alto los pañuelos en el terrado de la estación, como blancas palomas que desearan irse, y en el claro obscuro de las ventanillas de los carros asoman otros, estremeciéndose en el aire, como blancas palomas que quisieran quedarse. La eterna inconformidad humana. Y cuánta tristeza en ese pálido símbolo de los adioses; y cuánta en el prolongado gemido de ese Asheverus de hierro y fuego, que arranca resoplando, arrojando chorros interminentes de vapor y humo por sus poros de gigante atormentado por la sed de espacios infinitos.

París, la urbe inmensa y maravillosa, la Ville Lumiere, la capital del mundo, que dijo Víctor Hugo, va reduciéndose, borrándose, esfumándose en la bruma del horizonte. Apenas si surgen ya de ese mar misterioso y lejano el ascua de oro de la Cúpula de los Inválidos, como caldeada a los rayos de la gloria de Napoleón; el domo de la basílica del Sagrado Corazón, espléndida concreción de la fé de la Francia de Carlo Magno, San Luis y Juana de Arco; la torre Eiffel, índice con que parece amenazar al firmamento el orgullo de la moderna Babilonia...

París desaparece al fin, se dilata ante mis ojos ávidos de naturaleza el encanto indes-

criptible de la campiña gala, con sus pintorescos pueblecitos, puleros como una taza de plata, calentándose al esquivo sol de Diciembre; sus villas semiperdidas en la apacible tranquilidad de nutridos bosques de castaños, alnendros y cerezos; sus casucas de labradores adormecidas al margen de misteriosos remansos y sus venerables castillos medioevales atalayando el horizonte desde la cima de alguna montaña que el arte humano ¡quién lo creyera! ha vuelto agreste y primitivo su anhelo de tiempos y cosas mejores.

Las cuatro de la tarde y la noche se aproxima, como que el invierno ha sentado ya sus reales por estos trigos de Dios.

Las seis y el tren corre entre las sombras, formando su estela de luz, como un áureo meteoro incandescente.

=Dijón! Media hora para los viajeros! grita con estentórea voz un conductor y el tren se detiene acezando como un corcel indómito.

Me dirijo al comedór del "Hotel de la Estación" y me siento a una mesa que tienta con la albura inmaculada de sus manteles y la chispeante constelación de la cristalina vajilla; y hago mi *menú*: media docena de ostras de Ostende, un *consomé*, un *chateaubriand* y un excelente *borgoña* para remojarlo todo.

=¿Cómo que ha pedido usted un *chateaubriand*? =me pregunta un hombrazo como hay pocos, carantón y ventrudo, saludándome ceremoniosamente y sentándose frente a mí.

## DE LEJANAS TIERRAS

=Sí, señor, le contesto entre sorbo y sorbo, o entre ostra y ostra, que allá se van a dar.

=Yo soy vegetariano, continúa; y como tal preescindo siempre de esos prosuicos cha-teubrianes.

¡Pobre autor de 'Atala y René'!

=Los vegetarianos tenemos las entrañas tiernas, sigue, y no comemos nada que haya palpitado, que haya vivido. ¿Además, no le repugnan a usted los cadáveres de los animales? ¿No ha leído usted la *carrogne* de Beaudelaire?

Terminada su *lata* acerca de las excelencias de su doctrina gastronómica, apechugó con la botánica entera y con un par de zollos a la *Marguerite*: un *rien du tout* que me trajo a las mientes el recuerdo de un amigo, que hablando de nuestras cuaresmas, erizadas de abstinencias, decía: Me explico que en Europa se pueda prescindir de la carne, ya que allí tienen con qué sustituirla, por ejemplo un buen vino; pero aquí que no contamos siquiera con un buen conejo. . . .

El hilando delgado, saqué en limpio que es muy difícil arrancarles a los hijos de Adán su marea-lísima afición al tercero de los pecados capitales. Que me arranquen a mí el primero y el segundo! . . .

Otra vez la sirena a desgarrar el silencio. . . y los tímpanos, con su grito de impaciencia.

Busco mi *fumoir* y me vuelo en él de un salto para entregarme a mis recuerdos y meditaciones. Una mujer me ha precedido, una



## EDUARDO MERA

rubia muy pálida, de largo cuello y tamaños ojos. Lleva en el regazo un niño dormido al que mira con frecuencia tiernamente.

Otra pitada y el tren vuelve a partir veloz, agujereando las tinieblas con sus enormes ojos de luz.

Mi silenciosa y desconocida compañera de viaje me mira a hurtadillas, entre recelosa e interesada. Quiere hablarme y no se atreve. Al fin, salta:

= ¿Si parla italiano?

= *Non si parla, signora* = la contesto, parodiándola, para salir del paso.

Sonríe dulcemente y sigue:

= *Parle = vous française?*

= *Oui, Madame, un tout petit peu.*

= *Allrs . . .*

Y se entabla el diálogo en un francés tal cual, propio de los extranjeros que han permanecido pocos meses en tierras de Moliere.

= Usted es español?

= No, señora, soy de la América del Sur, del Ecuador.

= ¿Del Ecuador?... ¿Va usted a Italia?

= Sí, a Italia, a Génova.

= Yo voy a Turín. De manera que vamos a viajar juntos largo trecho.

= Ciertamente; lo que me complace demasiado.

= Y también a mí; pues nada más triste y más inquietante, al menos para una mujer, que no hallar compañía en ciertos viajes.



## DE LEJANAS TIERRAS

= Pero usted va muy bien acompañada, la digo, aludiendo al chiquitín que se ha puesto a hablar de firme, sacando los brazos regordetes y sonrosados, por entre el laberinto de cintas y encajes mientras la ve sonriendo con unos ojos llenos de cielo y de inocencia.

= *Poveretto!* exclama, besándole apasionadamente; y añade: = Se llama Paolo, como su padre. ¿Verdad que es lindo como el *bambino* de la *Madonna*?

= Es precioso, señora, como que se parece a usted con la semejanza que hay entre un botón de rosa y una rosa abierta.

Me agradece la galantería con una sonrisa.

= Paolo, continúo ¿y usted no es *Francesca*?

= No, me responde, sonriendo; no me llamo *Francesca* ni soy de *Rimini*; me llamo *Stella Brunetti*. Y como removiéndose en sus recuerdos, sigue: lo que sí puedo asegurarle a usted es que conocí muy de cerca a *Malatesta*, a *Giangioto Malatesta*. ¿Verdad que no hay mujer que no lo haya encontrado en el camino de la vida?

= Sí, señora ni otra cosa que *Malatestas* en el mundo. Aún más: me atrevo a creer que no hay hombre que no tenga algo del esposo de *Francesca* para ciertas mujeres.

= ¿Usted lo ha sido para alguna?

= Probablemente. Pero me consuela la idea de haber sido Paolo para alguna otra.

El tren, en tanto, que corre a noventa kilómetros por hora, se cuele rugiendo en un antro que se abre en el flanco de una montaña,

## EDUARDO MERA

como un inmenso reptil que huyera de misteriosa y tenaz enemigo. Parece que la montaña toda se desploma.

= ¡Un túnel = exclama mi compañera, estremeciéndose.

= Sí, señora, el túnel del Mont Cenís.

Y callamos ambos recogidos y temerosos.

La tierra, la madre tierra, suele vengarse de los hombres que la profanan desgarrándole las entrañas, con el misterio de sus tinieblas y lo profundo de su silencio. El espíritu se conturba, se angustia el alma, el corazón se oprime, se puebla la mente de pensamientos e ideas incoherentes y extraños. La esperanza misma, como que es toda luz, vacila y agoniza lejos de ésta, como el pecesillo fuera de sus ondas elementales. Ninguna pena como la pena de las tinieblas. Ninguna nostalgia como la nostalgia del sol.

Mi compañera inclina la faz y la oculta entre las manos.

Por entre sus dedos pálidos y finos, se deslizan unas cuantas lágrimas que van a bautizar luego la frente de su hijito que duerme ya, ajeno a todos y a todo.

Va despertando mi curiosidad adormecida mi incógnita compañera; va despertándola con ese como halo doloroso que la circunda; con sus grandes ojos del color de las violetas muertas, que miran tan hondo; con sus labios finos y exangües de desdeñosas comisuras; con su aire cansado y lánguido de mujer padecida y

## DE LEJANAS TIERRAS

trabajada; con su conversación culta y discreta de dama distinguida . . .

Una ráfaga de aire helado nos acuchilla el rostro. Hemos atravesado el medroso túnel y estamos en la vertiente italiana de los Alpes.

Y la luz es, la luz tenue y enfermiza de una luna de invierno. Se me ocurre pensar que el tren es el proyectil de Julio Verne contra aquella disparado de un inmenso cañón de plata.

Todo asoma indeciso y vago. Allá, a lo lejos, duerme un lago encajado en su amplia moldura de nevados riscos, que reverberan como enormes diamantes impudidos, a la doble luz de la luna del cielo y de las ondas.

Stella Brunetti lanza una mirada en torno y suspira satisfecha. Luego se dirige a mí y exclama:

= ¡Al fin!

= ¿Al fin, qué? la contesto.

= Al fin salimos de la pesadilla del túnel, continúa. Si supiera usted qué horror me causan estas como fauces de la tierra que parecen engullirnos para no devolvernos nunca a la vida, a la luz.

= Realmente cuanto de medroso en estos como nichos inmensos, en los que es preciso sepultarnos vivos.

= Yo no puedo verlos siquiera, sin que acuda a mi memoria el más doloroso y trágico de mis recuerdos, sin que mi alma se estremezca de espanto, de pavor . . . Si usted supiera! . . .

Mientras habla de tal guisa mi improvisada

## EDUARDO MERA

amiga, las lágrimas le inundan las pálidas mejillas.

= ¿Sábe usted, señora, que me está atizando la curiosidad, con sus palabras y su llanto? Alguna historia muy triste y dolorosa, ¿verdad?

= De escuchármela, creería usted, caballero, que le he referido una novela de folletín; y sin embargo, nada más verídico, más real. Oigala usted. Es tan cortita.

= Soy todo oídos, señora.

= Mire usted. Nací en Turín, en una quinta sombreada por un espeso bosque de pinos y castaños, arrullada por el Po; en una casita como hay muchas allí, con profusión de mármoles de Carrara y lunas Venecianas; con un jardinillo como una explosión de rosas, margaritas y crisantemos que yo mimaba. Mi padre murió, no sé de qué mal, cuando yo contaba apenas cinco años; de manera que muy poco recuerdo de él: alguna vez creo reconocerle en esos retratos opacados por el difuminado de los tiempos, que cuelgan del testero de algún salón antiguo. Mi madre, pobrecita, alta, delgada, de cabellos como un enorme copo de nieve, y de grandes ojos claros, que miraban todo llenos de asombro y no veían nada, a causa de un pasmo de las retinas; mi madre no le sobrevivió sino tres años cortos. Para morir, me vió con las manos y valga el dicho: aún me parece que las siento acariciarme volteando como palomas

## DE LEJANAS TIERRAS

enfermas por mi frente, mis ojos, mis mejillas, mis labios . . .

Así las cosas, quedéme a merced de un hermano de mi madre, hombre de años ya, valetudinario y avariento; quien, más que por conveniencia mía, por su propio interés, me encerró en un colegio de Parma, en donde pasé qué sé yo cuanto tiempo, ocho o diez años talvez. Cuando, seguramente cansado de mis súplicas, accedió para sacarme del pensionado aquel, abrió tamaños ojos al verme: = "Conque, eres tú, picarona! me dijo: ¡conque, eres tú! ¡Quién había de creerlo! Si estás enorme! Y guapa, muy guapa, *per Baco!*" Y se refa, se refa, sacudiendo la cana barbilla, *enguirlando* los ojos de besugo, arrugando la piedad nariz, frotándose las manos . . .

Si he de serle a Ud. franca, la impresión que me causó el hermano de mi madre, fue de tal condición que estuve a punto de quedarme para siempre entre los austeros muros del colegio. Pero, ¡qué quiere usted! ese anhelo de libertad, ese afán de lo desconocido, el intenso deseo de cambiar de vida, aún a riesgo de empeorar . . .

Abandoné, pues, no sin lágrimas, mi apacible retiro y volví a mi casita paterna. Y, cómo la encontré! descuidada, envejecida, oliendo a moho y a cosas idas y a personas muertas. Sobre la puerta del salón prendía un guiñapo negro adherido al esqueleto de una corona de ciprés, que lloraba el polvo de sus hojas difuntas: la piedad filial, la mía, la había colocado allí

## EDUARDO MERA

el día trágico de la muerte de mi amada madre ¡El poético jardinillo se hallaba convertido en un prosaico huerto *protajero*, y los cipreses, más altos y achaparrados, extendían sus dolientes y cansadas ramas sobre la desvencijada cubierta, como sobre una tumba olvidada. Y yo animé esa tumba de manera que poco tiempo después daba gloria verla.

Don Bruno, que así se llamaba mi tío y tutor, iba todos los días a verme; luego dió en ir dos y hasta tres veces diarias, con grande disgusto mío. Había mucho en él que me repugnaba.

Una tarde de otoño, se hundía el sol pletórico de sangre en el Poniente; y de sangre era el río, y caprichosas ampollas de sangre eran las cimas de los Alpes, y yo tenía el rostro arrebolado y sangriento. Y vino Don Bruno a verme y el corazón se me oprimió con cierto presentimiento rojo...

=Ven, me dijo al verme, todo él zalemas y sonrisas; ven, que tengo que decirte algo muy importante para tí. Y poniéndome las manos en los hombros, estiró el cuello para darme en la mejilla el beso de costumbre; mas, con la avidez y la violencia de un sátiro, me besó en los labios. Yo le rechacé con tal modo y fuerza, que cayó de espaldas. Se levantó empolvado y maltrecho. Y mirándome, entre asombrado e iracundo, saltó:

=¿Cómol ¡Así me rechazas? ¡Así ultrajas a tu tutor, digo, a tu tío?



## DE LEJANAS TIERRAS

=No ha debido usted besarme en los labios, le contesté, serenándome.

=Es que deseaba significarte algo de gran interés para tí ¿oyes? para tí.

=Pues ¿por qué no me lo *significó* usted de palabra? le repliqué.

=Porque... porque más elocuente es un beso que el mejor discurso ¿comprendes, amada sobrina mía?

Ya esperaba yo tal cosa. ¡No había de esperarla, cuando sus ojillos con los que me desnudaba entera; sus labios que se comían sus propias palabras, y su aire inquieto y desazosegado, me estaban hablando siempre del amoroso fuego en que el desairado vejezuelo se consumía!

Y a poco vino el asedio, el sitio, como que mi tío quería rendirme a todo franco a su pasión desatentada. Primero las ofertas tentadoras; luego las generosas dádivas; por último la amenaza y el despojo. Mi casa y el holgado dinerillo de mi subsistencia, pasaron por gastos de mi educación, a sus codiciosas manos.

¡Y me quedé en el arroyo!

Entonces un sentimiento nuevo y desconocido se apoderó de mi corazón, de mi alma; de todo mi ser: el sentimiento de la venganza. Y me rendí y acepté las proposiciones del vejezuelo y fui su novia, así, como usted me oye.

## EDUARDO MERA

Por cierto, soñaba yo con un redentor. Una fuerza secreta y misteriosa me daba ánimos y esperaba, esperaba...

Un día, no lo olvidaré yo nunca, llegó alguien a mi retiro: llegó... ¿cómo le diré a usted quién? pues, llegó un cómplice, llegó Paolo. Erase éste alto, fuerte, de tez morena y ojos negros y profundos: el arquetipo de los piemonteses. Antiguo empleado de mi tío, por él enviado se vino. Nos miramos y empalidecimos ambos.

= Vengo de parte de Don Bruno, me dijo, trayéndole esta caja

La abrí con indiferencia, y un espléndido vestido de novia apareció ante mis ojos, deslumbrándome con la albura de su seda y sus encajes, y saturando el ambiente con el delicioso y mareante aroma de los azahares.

Sentí frío, mucho frío, como si el vestido no fuera de seda, sino de hielo.

= ¿Para usted, señorita? me preguntó discretamente Paolo.

= Sí, para mí, le contesté, entre colérica y triste.

= ¡Quién fuera Don Bruno!, exclamó entredientes, mirándome con el rabillo del ojo.

Veledades me vinieron de desgarrar el vestido y arrojarlo por la ventana; pero una idea extraña que me iluminó de súbito, me contuvo y lo guardé cuidadosamente, como si algún día habría de ser algo como el instrumento de mi venganza.

## DE LEJANAS TIERRAS

La fecha de mi matrimonio se acercaba. Debía realizarse el primero del año, y estábamos a quince de Diciembre. Pero desde el 10 del mismo, Paolo era mi prometido, mi novio...

Yo le había contado mi vida toda y él la suya entera.

¡Cuánto nos amábamos!

=Lo que me duele en el alma, díjome un día, es no poder darte el vestido de novia. Cómo te viera de blanco, coronada de azaharés y tocada con el velo ritual. Serías como un enorme impío lirio.

=No te preocupe aquello, Paolo, que no ha de faltar...

Y llegó el día tan temido y ansiado a la vez...

¿Para qué contarle a usted los pormenores preliminares para el acto aquél? Basta decirle que todo se había arreglado convenientemente.

Llegó la noche, una noche blanca de nieve y de luna.

La casa de mi tío se llenó de gente muy elegante.

Yo, encerrada en un coqueto gabinetito, desde el cual podía verse, al través de una mampara, el amplio techo nupcial, ara medrosa de un sacrificio atroz; yo, ayudada por dos sollicitas amigas, me convertí en el enorme lirio blanco en que soñaba Paolo. Debía estar hermosa: al menos así les parecía a mis amigas.

El corazón me saltaba dentro del pecho; me ahogaba.

## EDUARDO MERA

Llegó el momento supremo; el ansiado se entiende...

= Miren ustedes, les dije a mis amigas, falta una hora corta, y quisiera aislarme este lapso de tiempo.

Me dieron gusto muy amables: salieron.

Me eché encima un abrigo de pieles que tenía a la mano; me cubrí la cabeza tocada de tul y coronada de azahares, con una espesa manilla negra, y ¡afuera!...

Al deslizarme furtivamente por los corredores alcancé a ver al otro, al vejezuelo, en el cuadro de luz de una puerta: conversaba alegremente con sus amigos, y se reía, se reía, sacudiendo la barbilla de síluro, *enquirlando* los ojos, sacudiendo la cola del exigüo frae...

Llegué a la calle, y dos robustos brazos me arrebataron...

Y el silencioso Fiat se perdió veloz entre las sombras, mientras me abrasaba la sangre la emoción inolvidable e indescriptible del primer beso...

¿Qué pasó entonces en casa de mi tío?... Hasta ahora lo he sabido. Pero me imagino que ese como pudor que suelen engendrar ciertos desengaños amorios, pudo más que el amor, más que la venganza; pues nadie nos persiguió, nadie nos molestó de ningún modo. Hay quietudes y silencios que se imponen. De manera que pocas horas después abandonamos Génova, a bordo de un vapor de "La Veloce".



## DE LEJANAS TIERRAS

¡Y en Marsella fué de Paolo el enorme brio blanco!

Marido y mujer los dos, fuimos pocos días después a Sud Africa, en pos de la esquivada fortuna.

Y allí la felicidad nos sonrió algún tiempo.

Paolo, fuerte, vigoroso, ágil, abnegado, trabajaba en una empresa ferrocarrilera, como conductor de trenes.

Y los negocios, a la par del amor, viajaban viento en popa.

Luego, la inmensa emoción del primogénito, de este tierno y delicioso pedacito de mis entrañas, que vé usted aquí; de este destello del alma de Paolo, de mi amado Paolo...

Un día, al atravesar el tren un túnel; negro, medroso, horripilante como el que acabamos de pasar, se oyó un ruido extraño y la montaña toda se estremeció.

Yo; que vivía cerca de la boca del antro, eché a correr llena de atroz angustia, y quise penetrar en él; pero una espantosa bocanada de humo espeso y ardiente me lo impidió. Enseguida el antro se iluminó con resplandores de infierno, y a esa luz siniestra, en visión apocalíptica, ví un hombre que, aprisionadas las piernas por dos pesadas piezas de hierro, se debatía como un loco sobre la inmensa hoguera de los carros deshechos que ardan por todas partes.

¡Y no había salvación posible!

Las llamas, crepitando, silbando, rugiendo,

## EDUARDO MERA

avanzan velozmente en desatado torbellino, como disputándose una codiciada presa. Algunas de sus múltiples lenguas rojas de azulinas puntas, se estiran, se alargan, se afilan y se encojen de súbito, después de herirle las manos, el pecho, el rostro, como que se gozaran en la desesperada agonía de la víctima, que bambolea entre el fuego y el humo como un árbol batido por el huracán. Al fin, las llamas, en una macabra danza loca, le circundan, le envuelven, le ciñen y azotándole el rostro, le inflaman la barba y los cabellos...

Un grito de infinita angustia y se desploma inerte...

.....  
Mi amiga, ya puedo darle este título, hunde el rostro entre las manos y prorrumpe en desesperado llanto.

.....  
Pita el tren, el conductor nos avisa que hemos llegado a Turín, y Stella Brunetti se levanta vivamente, asegura al chiquitín contra su seno, me tiende la mano y sale.

Y se pierde como una sombra entre el tumulto de la estación.

## LO QUE UNOS CUERNOS HICIERON...

Arturo, Arturito, era un excelente mozo, de corazón de oro y boca de San Ramón Nonato. Sólo que la madre naturaleza no había andado con él pródiga, ni mucho menos, en lo de regalarle con los preciosos dones físicos con que suele colmar a otros; y nos lo soltó por ahí, por el órgano regular de Doña Encarnación Constante y con la cooperación de Don Agapito Ríos, menguado de cuerpo, escaso de cara y sobrado de nariz, jeta, pies y orejas, como un epigrama humano, vivito y coleando. Y érase el tal Arturito Ríos el Benjamín de una familia que él mismo defendía de patriarcal, sin darse cuenta, cantándole a todo el mundo con su vocesilla de aire colado. "Diez y ocho hermanos hemos sido, y todos perfectos! . . ."

Claro que aquello de la perfección debía entenderse únicamente como que esos Ríos no habían salido de madre cojos, mancos, tuertos

## EDUARDO MERA

ni jorobados; que, por lo demás, a la vista estaban doce siquiera, de la misma edición en octavo menor, y cuyas pastas no eran de marroquín ni cosa semejante, sino de simple pergamino.

Pasada la edad de Cristo iba ya, a cuestras con la cruz de su triste solterfa, que juzgaba crónica e irremediable, cuando un buen día dió de manos a boca con Pompeya, con Pompeyita, hija póstuma a buena cuenta del Sr. Dn. Toribio Lanas, habida con Doña Teodora Barba, once meses después de su defunción, y diez y ocho años hacía. Y allí fue Troya, o allí fue Pompeya, que allá se van a dar ¡quién fuera Vesubio! exclamó para sus adentros el mozo, al verla, con el vivísimo deseo de cubrirla con el fuego de una pasión volcánica por dos mil años siquiera . . .

Y razón que le sobraba tenía Arturito, pues *Pompea* era una linda criatura, más provocativa que la fruta de cercado ageno, con sus cabellos "negros como la endrina", sus "ojos de parda cervatilla, su *boquilirris* tierno regazo de ósculos dormidos"; y él *aún* más de su cuerpecito que reclamaba un bote para conservarlo, a fuerza de lleno y apetitoso, pesía a los que encuentran un enemigo del alma en cuerpos como ese . . .

Así la chiquilla, excusado afirmar que el hijo de Doña Encarnación Constante, comenzó a envejecer sus sombreros por la copa, a fuerza de barrer el suelo con ellos, cada vez que la nena se ponía a tiro de sus reverentes saluciones. Pero Pompeyita, que se tenía o parecía

## LO QUE UNOS CUERNOS HICIERON...

tener el corazón de pino y roca, como quien dice, erre que erre en despreciarle como a vil gusanillo de la tierra: apenas si se dignaba mirarle por sobre el hombro y con el rabillo del ojo, cuando no le daba la espalda; sin cuer en la cuenta de que eso era mucho dar a quien sólo aspiraba a su diminuta manecita.

Excusado asegurar también que, con tales manifestaciones de parte de su adorado tormento, el pobre Arturito andaba que partía el alma verlo: taciturno, huraño y con la salud física perdida de remate, dando y cabando siempre en que no había motivo grande ni chico, para que *Pompea* le tratara con tanto rigor. Pero hubo al fin de convenir, haciendo una como transacción con su habitual pesimismo, en que no le caía en gracia la chica, únicamente porque ella no sabía quien era él; y ella, naturalmente, mal podía entregar su corazón con todas sus dependencias al primer ocupante, a un advenedizo, a un desconocido. Porque, en buenas cuentas, nada había habido entre los dos, ni siquiera la presentación previa, de esas de cajón, con un "mucho gusto de conocer a usted; a los pies de usted", etc., que suelen ser, muchas veces, el exordio de discursos amorosos posteriores. No, no había habido otra cosa entre ellos que su pobre sombrero; y es sabido que a sombreradas no se cazan sino mariposas o pajarillos tiernos; y, pues, Pompeyita no tenía ni pizca de pajarito, ni de mariposa tampoco, fuera del trino de su risita y su inquietud

## EDUARDO MERA

habitual. De manera que había que principiar por el principio. Esto es por una presentación en regla en casa de Doña Teodora o de Pompea, a fin de que ésta le catara poco a poco y se convenciera, al cabo, de que no era el león tan fiero ni tan feo como lo parecía o se pintaba así mismo. Y para esto, nada más natural que buscar un amigo común de los dos, es decir, que lo fuera de ambas partes; pero ¿cuál? he ahí el escollo, ya que aquella casa era una especie de *sacra sanctorum*, al cual nadie tenía acceso, fuera del hacedor de Doña Teodora, el muy señor y dueño don León Bravo y Veloz, un ogro que se comía los niños y los adultos crudos o cocidos indistintamente: no había, pues, que pensar siquiera en él.

Y el tiempo corría como los apellidos de aquel señor, e inmutable por añadidura, sin que un rayito al menos de la dulce luz de la esperanza, penetrara en las lobregueces del alma del asendereado y firme mozo, para aliviarle de sus cuitas y desazones, hasta que el diablo quiso meter la cola en el asunto.

Y sucedió que en el pueblo vecino se suscitaron unos toros en honor de Santa Rita, la taumaturga de los imposibles, patrona del lugarejo; y a ellos acudió Arturito, por ver de matar la murria que le consumía. Sólo, silencioso, a la espalda las manos anudadas y en el suelo los ojos, turbios de insomnios y lágrimas furtivas, llegó a la embarrerada plaza, llena a la sazón con la discorde y atronadora



## LO QUE UNOS CUERNOS HICIERON...

gritería de la numerosísima gente allí congregada, y con los sordos y lastimeros mugidos de un enorme toro *michicón*, al que le cosían una vistosa colcha de felpa, taladrándole impiamente la piel con una lezna descomunal. Abstraído, ensinismado, ageno a cuanto le rodeaba, levantó maquinalmente la abatida testa, y echó de ver allá, al frente, destacándose contra el fondo incierto de un tablado, claro, terminante, tentador como la diabólica manzana paradisiaca, el lindo palpito de Pompeya, de Pompeyita, que entre dengues de lo más fino y encantadoras sonrisas, agradecía a cabeza limpia, la estruendosa ovación que el público la dedicaba, con motivo de ser élla la madrina de la fiesta y la generosa donante de la colcha . . . y del toro, que era de *melanza* . . . ¡y allí fue Troya otra vez! verla, y lanzarse a la plaza saltando de un tranco la barrera, todo fue uno para el amartelado galán. ¡La colcha! . . . pensaba, ¡la colcha de Pompeal . . . cómo permitir, cómo tolerar que tan sagrada prenda fuera mancillada, desgarrada, profanada por extrañas y torpes manos? ¡Nó, mil veces nó! . . . Había que rescatarla a todo trance y cueste lo que costare, la vida inclusive, así fuera el bicho que con élla se *honra* más grande que la Universidad Central y feroz como el hacedor de Doña Teodora, que más era imposible.

¡Y adelante! Se sacó el *chaquet* en un periquete; y suelta la fiera, que corría dando toques, saltos y corcovos como alma que lleva

## EDUARDO MERA

el diablo, exasperada por el escozor de los pinchazos y la grito y silvidos de la concurrencia, la citó heroicamente junto al tablado de la emperatriz de sus pensamientos, a la que, con voz mal segura, dijo: *Ave Pompea morituri, te salutant!* . . .

En menos que se persigna un hereje que ve rayos, el toro cargó contra él en veloz arranque, le enganchó por las hoccajaduras, ¡y allá vá eso! "Pom . . . exclamó el mozo, tratando de invocarla, describió un arco en el aire, y peyal" . . . concluyó, cayendo como un pelele . . . a los pies mismos de la soberana de su inmólación, envuelto, eso sí, en la colcha, como en una bandera gloriosa.

El golpe, o los golpes fueron gravísimos; ahí el uno, en la coronilla el otro, y en todas partes los demás; con lo que el pobre Arturito perdió el conocimiento de remate. De manera que cuando volvió en sí y abrió los ojos, no era cadáver, como afirmaba el facultativo *ad-hoc*; pero se encontró tendido cuán largo era en un lugar extraño: en el joyel, decimos en el cuarto mismo de *Pompea*, a donde ésta, llena de compasión, le hiciera transportar a lomo de indio, para a fuerza de bizmas, oaseros bebedizos y secretos de naturaleza, ponerle de punta y despacharlo cuanto antes.

Al reconocerla, el aturdido galán se incorporó en el lecho entre sponcios y quejidos; y soltó con vocesilla de ratoncito tierno: A los piés de usted, Pomp . . . digo, señorita . . . diez y

## LO QUE UNOS CUERNOS HICIERON ...

ocho hermanos hemos sido y todos per... per... factos, ¿oye? A lo que élla le respondió: "gusto de ver... ver... verle", apuñando la risa que le inflaba los carrillos y se le escapaba a chorros por las comisuras de los labios, sacudiéndola toda entera. Pero *sic transit gloria mundi* cuando veinticuatro horas después se partía el mozo, renqueando moral y físicamente, la muy bribona estuvo a punto de soltar el trapo del llanto; y si no pasó de los *puchritos*, fue sólo porque se lo impidió el ogro, alias Don León Bravo y Veloz, que echando lumbre, les miraba de reojo, y le decía a aquel con un retintín de lo más fino: "Que no se le olvide nada en esta su casa, amiguito ¿eh?"

Las visitas, así y todo, menudearon que era una gloria, al menos cuando se ausentaba el ogro, con grande contentamiento de ambas partes como en jerga jurídica se diría; pero con mayor contentamiento aún del hijo de Doña Encarnación, que no se cansaba de bendecir al toro, extraño instrumento de que se sirviera su más extraño destino para abrirle las herméticas puertas de aquel codiciado hogar, y la realización de su sueño dorado a fuego lento="¡Lo que los cuernos han hecho! . . . Benditos sean los cuernos!" exclamaba, más alegre que unas pascuas floridas de resurrección, sobándose las manos hasta que traqueteasen los dedos "¡Lo que los cuernos han hecho! . . .

¡Porque, si las cosas, desde el memorable

## EDUARDO MERA

día de su presentación o *descendimiento* en el tablado de Pompeyita, habían corrido así, así, como a trompicones a causa del geniecillo algo rebelde y voluble de ésta; cuando llegó a referirlo con juramento y le constó a ella *de visu* la metamorfosis de la colcha de raso carmesí en un magnífico terno interior del improvisado torero de marras, se estremecieron las fibras más íntimas de su corazoncito y se conmovió hasta los lagrimones. El caso no era para menos, pues revelaba una delicadeza exquisita y purísimos sentimientos. Eso de llevar sin que lo supieran sino él y la lavandera, una prenda de sus manos día y noche; ese como beso largo, silencioso y de cuerpo entero al girón de seda que en no lejano tiempo se ciñera al suyo, palpitante y mórbido, cuando era colcha también en su camita virginal y casta...

¡Ah, era demasiado! Le entregó, pues, con beneficio de inventario el corazón y el alma, sentidos y potencias; a pesar de la formal y tenaz prohibición del ogro, al que se le atragantaba el mozo como un cardo.

Y, pues, como se acercaba el día de días de la chiquilla (¿Santa Pompeya? ¿mártir? ¿virgen? ¿confesora?) y fuese calva la circunstancia para una manifestación de amor morrocotuda y contundente, concibió el galante joven la felicísima idea de hacérsela por medio de una serenata *de primo cartello*. Para mayor abundamiento, "tocaba y cantaba la

## LO QUE UNOS CUERNOS HICIERON....

guitarra" mejor que cualquier hijo de vecino; y si no daba el do de pecho ¿qué le importaba aquello cuando iba tras el sí de la niña, que le caería en gracia, gramatical y cordialmente hablando?

Además, ella estaría entonces en el campo, y las serenatas extramurales tienen mucho de idílico y fantástico. Bajo el florido balcón de Julieta o de Roxana, cualquiera se siente Romeo o Cirano; pero mucho más con una serenata cuyos acordes se difundan en el silencio de una noche campesina, mezclados al bufar de las lechuzas, al croqueo de las ranas y al canto estentóreo de un gallo horero, émulo doméstico de la alondra veronesa. Lástima grande que la luna, inocente cómplice de poetas y enamorados, no quisiese pasar entonces de celeste a celestina y se mantuviera en completa conjunción!... En cambio, los versos que cantaría serían suyos, suyos propios, originales, bellísimos y decadentes, como que para encontrarle consonante a Pompeya, tuvo que amenazarla con arrojarle de cabeza a la roca Tarpeya, lo cual, desde luego, sería de un efecto mágico. Claro que no cantaría sus versos solamente, pues por añadidura, la solazaría también con el "Nocturno" de Acuña que a ella le *privaba*. Con él rompería el amoroso chivato. Y fue el santo advenimiento del suspirado día. Se echó encima, después de besarlos fervorosamente, los calzoncillos y la camiseta de la histórica colcha recortados, con lo que se pareció

## EDUARDO MERA

a un encantador cangrejo, luego el baul entero; tercióse la guitarra con ancha cinta por bandolera, y ¡andandol fijo el pensamiento en lo que los cuernos sus benefactores habían hecho en favor de su felicidad.

A la media noche por filo llegó a la Meca de su romántica peregrinación.

Como el estuche de la preciosa joya, el cuartito de *Pompea*, quedaba en el revés de la casa, como quien dice, saltó una valla, atravesó el corral, traspuso la pared del frente, se perdió en el jardín, no menos poético que el corral; trepó otro muro, y al fin jadeante y misteriosamente se encontró en un elevado corredor, junto a la ventana o sea de la mismísima puerta de la gloria. Arregló muy bajito la guitarra y luego a tosecita limpia la garganta seca, y las emprendió con el Nocturno a todo trapo:

"¡Pues bien, yo necesito ! . . . !".

No llegó a manifestar sus necesidades el cuidado trovador, pues le cortó la voz y el resuello un tremendo golpe en los riñones, con el que cayó de bruces, besando el suelo con tamaña boca. La guitarra se estrelló contra las rejas, con grande estrépito que de la prima y el bajo que estallando en dúo, mayaron como dos gatos en celo. ¡Don León Bravo! pensó el infeliz e incorporándose hasta quedar de rodillas, puso las manos y exclamó:

=¡Perdón, señor; traje rec . . . rec . . . ! Traje rectas intenciones, quiso decir; pero otro golpe, más recio aún, en pleno rostro, con el que vió

## LO QUE UNOS CUERNOS HICIERON...

todas las estrellas con sus respectivos habitantes, le tiró por tierra de espaldas.

= ¡No me mate, señor, por Dios! Per... per... perdón! . . . . .

Otro golpe, y otro golpe más, entre temerosos pasos y ahogados rezongos. El último, que lo recibió el clásico lugar de los puntapiés y que a tal lo supo, mientras buscaba a gatas las gradas para escapar, le tiró a nadar en seco en el patio, perdido entre las tinieblas.

¿Cómo llegó al camino? . . . . No sabía explicarse; pero de allí lo recogieron piadosas manos, al amanecer, para llevarlo a su casa, en donde, "cuando volvió en sí, ya era cadáver"! como afirmó en su informe médico-legal el facultativo del caso.

No, tanto como eso no; pero "ahí fué nada lo del ojo, y lo llevaba en la mano" . . . En cuanto a la cabeza, zapatero remendón con su lezna y piola hubo de intervenir, que no cirujano ninguno, para coserle el cuello cabelludo, rasgado en cruz de la mollera al occipucio y de un parietal al otro.

Huelga afirmar que Arturo, con tantos y tales golpes y rasgaduras, pasó por los santos óleos; y que el escándalo con la famosa tentativa de asesinato, fué extraordinario. Los diarios, naturalmente, se encargaron de correrlo, y había que oírles a los voceadores, alma y vida del cuarto poder del Estado, que se desgañitaban recitando a voz en cuello las veracísimas sumillas: "*El crimen de ayer; un distinguido caballero es a-*

## EDUARDO MERA

*cribillado a golpes contundentes; se cree que es un crimen político; la Policía se propone reconstruir el atentado, así que se haya descubierto al hechor» . . .*

Y, realmente, la acuciosa Policía tomó de su cuenta y riesgo el esclarecimiento del tenebroso asunto, a pesar de las súplicas de la infausta víctima y las rabiosas protestas de Don León Bravo, que no quería que el nombre de Pompeyita anduviera de boca en boca como cigarro de pobre. De su cuenta y riesgo, o de oficio, lo tomó, pues; y comenzó por la reproducción de la escena, como que para ello se pintaba sola: no, si no la famosísima reconstrucción con sus pelos y señales, de la escena de un rapto con fractura, sobreesfuerzo y demás agravantes de Ley, realizada pocos días antes. Si no dieron con el raptor y la raptada, había que tenerse en cuenta, por lo menos, la fidelidad con que desempeñaron sus papeles de Paris y Elena los mismísimos intendente y Jefe de Investigaciones . . .

Por otra parte, como los galenos que practican la casi-autopsia, o sea el reconocimiento médico-legal, declaraban, entre otras cosas, que los horribles destrozos que habían observado en la cabeza, la cara y el cuerpo *entero* de la víctima, no podían haber sido causados sino por un terremoto; y lo pusieron en duda el Juez de Letras y el Director del Observatorio Astronómico, por no haberse perpetrado terremoto ninguno en su jurisdicción la noche del crimen, la reproducción se imponía de hecho y derecho.

Y, pues, extraído con un palito de la cama,



## LO QUE UNOS CUERNOS HICIERON...

no, de la tina de agua de véjeto, en la q' le tenían en infusión los médicos, después de pasarlo como un huevo al pobre mozo por agua regia, a causa de una pequeña equivocación del farmacéuta que trastrocó la receta; y reducido a prisión don León Bravo, sobre quien recaían las sospechas del sangriento atentado, a pesar de haber éste probado la coartada, se procedió al asunto en el sitio mismo donde se realizara la tragedia, previo el traslado de toda la comitiva, que no era escasa, y del arsenal de garrotes, garrotillos y demás instrumentos contundentes de uso exclusivo y persuasivo de la Orden y Seguridad. En cuanto a la guitarra, ahí estaba la malhadada como un mudo pero elocuente testigo, con sus dos cavidades abiertas, y el bajo y la prima colgando como un intestino roto y revuelto.

Todo en punto, obligósele a Arturito a trepar los mismos muros y saltar las mismas vallas, tal y conforme lo hiciera la memorable noche, con lo que excusado es decir, iba ya echando el poco resuello que aún le quedaba. Por su parte, el ogro, garrote en mano y listo para romperlo en las costillas del mozo, esperaba, esperaba...

En cuanto llegó aquel con la despanzurrada guitarra a cuestras, mirando azoradamente en torno, bajo la ventana, puerta de la gloria no ha muchos días, le mandó el Intendente, convertido a la sazón en director de la escena o en maestro de ceremonias, con voz de estentor:

= ¡Cante Ud.!

¡Para cantar estaba el desdichado! . . .

## EDUARDO MERA

No obstante, con eco de la eternidad y entre dos hipos, comenzó:

«¡Pues bien yo necesito! . . . »

= Ahora, cumpla Ud. con su deber. ¡Mútelo Ud. !, le interrumpió el Intendente, dirigiéndose a don León Bravo.

Al oír tal orden, que equivalía a su sentencia de muerte, Arturito se escapó como un cohete, -ssguido del ogro, del Intendente, del Jefe de Pea-quizas, el Juez de Letras, el fotógrafo de «El Comercio», los numerosos soldados de la escolta, su padre, su madre, sus diez y siete hermanos, el cura que había acudido por si fuesen necesarios sus buenos oficios, y . . . la mismísima Pompeyita, a la que, bajo pena de multa y prisión perpetuas, se había obligado a asistir, en paños menores, oculta en su cuartito, a la espeluznante y trágica escena. Y hasta ahora estarían corriendo todos si el cura no le echara la zarpa al ogro, en momentos en que iba a cumplir con su cometido demasiado a la letra, atizándole a Arturito un golpe, que habría sido el de gracia, si que es que los tales pueden tener alguna, y con lo que la extraña procesión se paró en seco, para deliberar y cruzar ideas, acerca de si se había emocionado o no el presunto criminal Bravo y Veloz que, como Hércules apoyado en su mesa o como una *vera efigies* de la paz armada, saltó con su vozarrón de bombo roto:

= Señores: esta pátetica escena, que ha servido para probar mi inocencia, se prolonga ya demasiado a causa de este sinvergüenza (señalando

## LO QUE UNOS CUERNOS HICIERON...

con el dedo a Arturito) que ha querido jorobarme la paciencia, después de jorobarle a la Pompeya . . . .

= Señores -le interrumpió el aludido- dieciocho hermanos hemos sido y todos per . . . .

= ¡Silencio! gritó a su vez el Intendente-y continuó:-de la fiel y perfecta reproducción de la escena, se deduce claramente que aquella noche no hubo en esta casa más almas vivientes que el señor Bravo y Veloz y la señorita Pompeya, si bien es verdad que ni el uno ni la otra, estuvieron presentes . . . Luego ¿quién puede ser el criminal? . . . .

= Las ánimas benditas!-contestó por ahí un chuseo.

= ¿Las ánimas benditas? arguyó el cura-*Non sunt misericordiae sacri profanis!* Además, los cánones establecen que las ánimas benditas son completamente inofensivas, dulces como unas palomas y mansas como unas ovejas . . . .

= ¿Oveja? . . . repitió vivamente don León Bravo y Veloz, arqueando las cejas; y dándose una sonora palmada en la frente, echó a correr diciendo: -vuelvo enseguida con el famoso criminal.

Cinco minutos después, asomaron por la puerta más cercana, los cuerpos del delito: dos recios y retorcidos cuernos; y luego la imbécil carota y el corpanchón de un enorme carnero negro, que balando sordamente se coló entre la alledada concurrencia, impulsado por las manazas del ogro, que reía que era un espanto.

## EDUARDO MERA

Y en verdad, ese era el criminal; ese carnero al que los chicos de la vecindad habían *amacstrado*, para que hiciera de toro en sus alegres corridas infantiles.

Arturito, al verlo, hizo mutis, pensando en que esa bestia diabólica no le había dejado cara para persignarse, menos para pretender a nadie; y exclamando con su vocesita de aire colado: ¡Lo que unos cuernos hicieron . . . otros lo deshicieron ! . . .



# EL NEGOCIANTE DE CABALLOS

(Fragmento del capítulo V de la novela inédita

«Al pie de los Andes»)

Tumbado de espaldas en el mueble diván de su cuarto, estaba Pedro Téllez, *haciendo que leía*. Y digo haciendo que leía porque mientras sus ojos recorrían líneas y más líneas, hojas y más hojas, capítulos y más capítulos del libro que tenía entre las manos, su imaginación volaba que era una gloria, pasando de una cosa a otra, y de la otra a la de allá, y así, como una inquieta mariposa que vá y viene, y sube y baja, sin saber donde posarse y quedar de firme si quiera un momento. Pero, al fin, después de una especie de zig-zag repentino, llegó la tal a andar como de bracero con Don Mariano. Y vaya, se dijo el mozo al tenerle en mientes, vaya. . . No iré a casa del charlatán aquel; no iré. Pero. . . Si parece un honradote Don Mariano; pero. . . si a veces detrás de los harapos alienta un

—51



## EDUARDO MERA

corazón noble; pero . . . si su hija, tan ponderada por el buenazo de Romualdo, resultara algo así como una flor perdida entre las zarzas y ¿qué hay que ver? pero. . . ¡no iré!

Y hubo de ir el mozo, a pesar de sus propósitos nacidos en gran parte del miedo que llegó a ponerle Don Mariano con su conversación interminable e insustancial. ¿Ni como no había de ir, si a veces es imposible resistir a esa lógica que tiene por premisas brazos que se anudan en el cuello, y por argumentos dedos-tenazas que oprimen y aprietan a *más y mejor?* . . .

Las doce del día serían por filo, cuando su muchacho le anunció la visita de un niño.

= ¿Un niño?

= Sí, señor; un niño medio viejito no más.

= Pues que entre.

Apenas dichas estas palabras, el señor Pa-redes, todo él sombrero, poncho, zamarras y espuelas *roncadoras*, abrió de par en par las puertas, y, como el mismo Pedro Téllez por su casa, entró con ruido de temporal, hablando hasta por los sobacos no sólo por los codos. Ver a su amigo, llamarle «compadre», tomarle por medio cuerpo, llevarle en vilo dándole tal estrujón que apenas tuvo la *victima* resuello para poder decir a su vez «com-pa-adre», así en dos tiempos, todo fué obra de un instante. Luego tomándole de los brazos condújole hacia afuera, mientras le decía:

= Conque, a casa, compadrito, a casa, que ya *son la una*; y la babacada que nos ha preparado la Chusca está de rechupete, servidita, lis-

## EL NEGOCIANTE DE CABALLOS

ta . . . Lo que es Juliana no está para el caso, pues . . .

= ¿Qué me dice de su señora? preguntó en este punto el mozo, más que por interés ninguno, por acallar la boca de su compadre que dejaba correr las palabras a chorros.

= Le digo que la pobre no está para babacadas, contestó Don Mariano, y siguió, pues. . . feo está que yo lo diga; pero . . .

= ¿Y por qué no está su señora para babacadas, si se puede saber?

= ¡Su señoral . . . Mi comadre, para otra, compadrito. Bueno; como le iba diciendo . . . no está Juliana para babacadas, pues . . .

= Pero ¿por qué?

= ¡Vaya con el compadre! ¿No le referí hoy por hoy que lo susodicha está en cinta? Pareco que Ud. lo duda; pero le juro que está, y no así como se quiera, sino de meses mayores: no se crea que exagero.

= ¡Holal . . .

= Pues sí, señor; digo compadre: por algo hemos de ser los dos, como Ud. y yo, compadres . . . *ad referendum* ¿verdad? Bueno; lo que no me gusta es que sea Ud. *idem* a Santo Tomás, que decía: "Ver y creer", y menos me gustaría aún si llegase a parecerse a San Miquéas, que aconsejaba diciendo: "Aunque veas no creas".

= Ya creeré, compadre, ya creeré, a pie juntillas.

= Bueno; pero en todo caso, sépase Ud. que

## EDUARDO MERA

la pobre ha tenido una enfermedad tan recia como no le desearía ni a mi mayor enemigo; ¡con decirle que no le quedaba nada en el estómago! Porque tomaba un poco, un algo, y . . . ¡saz! lo *trasbocaba* todo a la minuta. Hija de tigre, al fin y al cabo; pues con Doña Chomba, alma bendita, y mi difunta *suedra* para servir a Ud., pasaba otro tanto, se lo prometo.

Todo esto y algo más espetó Don Mariano a su amigo, en el patio ya y junto a su desgraciado caballo, que, medio perdido bajo la red de correas, cabestros, riendas falsas y jaquimero, y de la enorme chocontana con bolsas y muleteros apenas si daba señales de vida con estar-se de pié, el hocico a un palmo del suelo abriendo y cerrando lentamente los ojos, tiernos, lúgidos y chorreosos. Mas, a la postre, como sorprendido de mirar a su amigo aún en tierra, cortó por lo de su mujer y difunta *suedra* y pasó a hablar de la cabalgadura que comenzó a quejarse y mirarle de reojo, agachando las orejas a cada tirón de la sincha, que Don Mariano le daba a fin de afirmarle la montura corrida lomo abajo en la primera cuesta.

= No es porque *yo esté* presente . . . carapo, decía interrumpiéndose a cada esfuerzo y mor-diéndose el labio inferior; no es porque yo *esté* presente . . . pero . . . no hay un animal semejante . . . a éste, compadre . . . le juro que no hay . . . ¡qué va haber! . . . si es santeño legítimol . . . y si tiene un *manoteo*, un engatillado . . . una espuela, un brío . . . una *agonía* de andar . . . ;

## EL NEGOCIANTE DE CABALLOS

si es una golosina!... Ecuale! concluyó dando una recia palmada en la coraza de la silla; ahora échele usted pierna y verá como se le quitan cuatro penas y puede dar de pilos al mismo diablo e irse luego riendo. No le tenga Ud miedo; es manso como una ovejita. ¿Qué tal será por todos cuatro costados para que el Pintoso... ¿conoce Ud. a Pacho el Pintoso?... pues ¿qué tal será este susodicho para que el tal me ofrezca *actuallito* trescientos *paticones* de pronto y contado? ¿qué tal será? Pero ¡cuando! yo no le daría ni por cuatrocientos *nicanos*, ¿oye?

Poco dice Cervantes acerca de la moralidad de Rocinante; pero si aquel inmortal cuadrúpedo se hubiese dado el lujo de formar familia como unos cuantos *ospedos* que por ahí andan, descendiente, y no de la izquierda, sería el santeñ, tía elogiado de Don Mariano, del inolito caballo de don Quijote. El buenazo de Ruiz, que sabía su cachito de canto llano y música, decía de él para ponderar su flacura, que podía recorrerse la escala musical en sus costillas como en un *minicornio*.

Erase, además de flaco en superlativo, pobre de crin y no muy rico de cola, y tenía apagados los ojos, la nariz comba y aborregada y el belfo inferior cuatro dedos más largos que el otro: suelto, descolgado y lacio. En materia de lastimaduras y llagas, no parecía sino que le hubiesen echado encima, sino el buitre famélico y sanguinario de Prometeo, por lo menos, pero de por vida, una montura caráivora provista no sólo de

## EDUARDO MERA

incisivos y molares, sino hasta de intestinos: así tenía de *comidos* los lomos y lugares *circunvecinos*, desde la cruz hasta el anca, desde el un ijar hasta el otro. A los gallinazos se les volvería de seguro un agua el pico al verle, y más de un perro canijo se le llegaría para olfatearle creyéndole *difunto* cuando el infeliz, postrado por la fatiga y los achaques, se acostara, cuán largo era, para descabezar un sueño que jamás llegaría a terminar en su asenderada existencia.

Con lo que el mozo, al escuchar los ditirambos que su presunto compadre dedicaba a tan infeliz cuártago, no pudo contener la risa y dándole otra cau.n, saltó:

= Corque ¡no lo quiere usted ceder!

A lo que Don Mariano, juzgando interés lo que era asombro contestó guiñando pícarosamente el ojo:

= ¡Cómo que le va gustando? Luego, sonriendo desdeñosamente y acompañando la última palabra con un movimiento del índice, añadió: ¡Cederlo?... ¡Nunca! Eso sería un sacrilegio... Por fin, interrumpiéndose y echando mano de un modesto relojillo que llevaba en el bolsillo del *jaquit* concluyó: ¡Carapel cuarteando para la una; van os andando.

Sin embargo, buen trecho hubo de pasarse aun hasta que montaran el viejo y el mozo; pues este, a pesar de los empeños de su amigo, no se resolvía a poner las horcajaduras a tan desgarrado animalejo; mas, cediendo al cabo, tomó el estribo y... arriba: el desgraciado jamego se



## EL NEGOCIANTE DE CABALLOS

hundió de lomos, como si se tratara de aligerar el peso y evitar la presión: lanzó un prolongado y angustioso resoplido, y tomando un troceto medio zurdo se encaminó hacia la puerta, precedido por Don Mariano, que hipaba a las sacudidas del airoso caballo que Pedro le prestara, y que entre hipo e hipo le daba reglas para conducir bien el caballo.

Al salir le interrumpió por su mal el mozo:

= Compadre: ¿sabe usted que su caballo me parece viejo y amatado y...

= ¡Viejol ¡amatadol... Compadre, le pido por lo más sagrado que... que... no blasfeme, contestó medio encolerizado Don Mariano, solfrenando su caballo y parándole de firme junto a su amigo, que, próximo a estallar de risa, trataba de ocultar de cualquier manera los hinchados carrillos. En seguida Don Mariano, *tajando* a dos piernas su cabalgadura y dándola con la rienda a uno y otro lado, la sacó al escape, añadiendo:

= Este si es manria, compadre; y si no vamos a la *galucha*. Lo que es el mío no es viejo ni es amatado, se lo juro como caballero, ¿oye?. Luego, juntándose a Pedro, continuó: Pues sépase Ud. que mi caballo es todavía potrejón: no pasó de los diez años, de lo que puede Ud. cerciorarse mirándole los dientes cuyos hoyos flamantes no me dejarán me atir. Además, yo, comadre, yo en persona le ví nacer. Su padre, es decir el del susodicho, fué un caballo que *desempiedraba* las calles al andar y usaba un engatillado... La madre ni se diga, ¡que pedazo de yegua aquella!...

EDUARDO MERA

La llamaban por mal nombre de la... la... la... en fin, se me ha olvidado el patronímico de tan noble animal; pero no importa: no está en el nombre la calidad de la persona, sino en la bondad, el *chisgo*, el tamaño, la agonía y demás, ¿verdad? Y no sabe bien que "los hijos de tigre..."

= Ratonos matan ¿no?

= No tal, compadre; Ud. está *trascordado*: esos son los hijos de gata. El proverbio de los hijos de tigre es: "pintados nacen." Bueno; lo que Ud. llama *netas*, no son otra cosa que ligeros pelones o escaldaduras que se curan en un *flus*, con un poco de taparosa con unto, con agua de pilas *eléctricas*, o, francamente, con echarles a los *infraseritos* una poca de . . . . pues de orines del rato, perdonando la mala expresión. Lo juro a Ud.

= Mientras más se vive más se sabe, compadre.

= Y esa es la *pura y neta*; quien creyera. Pero bueno: lo que es *flacón* si está el pobre, quien va a decir que no; mas, que quiere Ud., si ayer no mas venimos tres sobre él y desde Tero; mi señora en la cabezada y yo entre la silla y las aneas.

= Son dos, nada más, compadre.

= ¿Dos no más? arguyó don Mariano y siguió, después de corta pausa, en tono solemne: compadre, no es por que yo esté presente, pero. . . no hay un hombre más verídico que yo; cuando digo una cosa es porque la cosa es y

## EL NEGOCIANTE DE CABALLOS

cuando no, cuando no es. Me explico: cuando afirmo, v. g., que ahora es de día, es porque es de día; o viceversa; cuando aseguro que es de noche, es porque es de noche ¿comprende? Ahora bien, cuando le prometí que Juliana estaba en cinta, fue porque realmente lo estaba y lo está mediante Dios; y me resiento que Ud lo dude. . . . Lo que quiere decir que ayer vivimos tres tal como le decía y paso a demostrarlo: yo, uno; Juliana, dos y . . . . y . . . . y el que va a ser su ahijado, tres. ¿No le parece?

= Me parece, compadre.

= ¡Ah! me alegro; si cuando yo digo una cosa de estas es como si lo dijera el Santo Padre; se lo juro.

Al llegar a este punto, don Mariano atravesó su caballo en el camino, lió un cigarrillo, lo cruzó entre los labios, echó unas chispas en el yesquero, lo prendió y entre pitada y pitada, siguió con la carretilla:

= Bueno; aunque le interrumpa, compadre (y el mozo no decía eh ni mus), debe Ud. saber que mi caballo se llama. . . . . adivine como se llama. . . . .

= ¿Pegaso?

= ¡Que *Pedazol*! es entero; se denomina Aguila.

= ¡Aguila! . . . . .

= Precisamente. ¿Verdad que el nombre le cuadra?

= Sí, compadre; le viene el nombre al pelo. Como quien dice a renglón seguido puso el

## EDUARDO MERA

caballo al trote. Y al galope la lengua para ponderar una vez más las relevantes cualidades de Aguila y lo acertado del nombre. Habló de su ejemplar vida moral, sin tener en cuenta que el mismo diablo sería bueno por viejo, en tratándose de ciertos achaques; habló de como se lucía en la plaza de toros, donde en un periquete y con una cabriola se libraba de los cuernos del picho; de lo bueno para el páramo, para los caminos resbalosos, para una marcha forzada, una ligera, un apuro, hasta para una calaverada nocturna de aquellas con enaguas de por medio, cosa ésta que le habían enseñado dos famosos generales que en una requisición fueron a dar con él a fuerza de oír la corneta de la fama que ponía tal caballo sobre los cuernos de la luna. "Relincharon los generales como unos profesores, de tal manera que Aguila no pudo menos de contestarles; y ahí fue el sacarle de tras de la cama, sin miramientos para las lágrimas de la esposa, de la Chusca, del rondador de chiquillos que, en su afán de defenderlo, del cuello se le colgaron, formando así un cuadro desgarrador". . . .

= De manera que Aguila voló.

¡ No había de volar! Unos gradísimos ladrones ellos, una gran cosa él, figúrese Ud. Y ni la plata sirvió; yo quise dar por su rescato toda mi fortuna, inclusive un gran *jaba* de loza, y nada: se salieron con la suya, es decir con la mía, pues que Aguila era, es y será de mi pertenencia. Bueno; solo seis meses después y hacién-



## EL NEGOCIANTE DE CABALLOS

doles una *juega* a esos bribones, logré quitarles lo que me pertenecía por el derecho de propiedad.

= Les hizo Ud. una *juega*. ¿Y como fué aquello?

= El tiempo pasaba y pasaba, y pim pam, guerra por aquí, tiroteo por allá, combates al norte y matanzas al sur; ¿y mi gran caballo? . . ni noticias tenía de él; cuando un día, figúrese cual sería mi sorpresa, Aguila se viene en persona a casa ¿oye? Me acuerdo como si hubiera sucedido aquello ayer: la noche estaba *lógreba*; oigo pasos en el corral; mi Chuseca, que es una guapa, sale a ver quien es y regresa temblando y con los dientes que le repicaban: "papá, me dice, es un bulto blanco, como una *pantasma*". No dijo más: la pobre se cayó de espaldas y echando espuma por boca y nariz. ¡Que horror! Le juro, compadré que la piel me nadó sobre el cuerpo a tiempo que el sombrero se me iba de la cabeza con el aquel de los pelos que se me paraban *remusguéndome el cráter*. Mi esposa no dijo nada, se quedó sin habla, como pateada en el estómago; y los chiquillos, lívidos, boquiabiertos, encogidos los brazos y crispadas las manos, temblaban como unos perros mojados. . . ¡Carapel le juro que en mi vida he tenido un miedo *al igual*. Mas como había que sobreponerse, me sobrepuse? y sabe Ud. lo que hago? ¿sabe? . . . pues exclamar: "¿Quien dijo miedo?" Tomar en la zurda la vela y en la derecha el revólver y . . .

¡Afuera! En efecto, veo un bulto blanco, una verdadera fantasma que se me viene misteriosa-

## EDUARDO MERA

mente, me sobrepongo de nuevo y grito: En nombre de Dios te conjuro que me digas si eres de esta o de la otra! ¿Y sabe Ud. lo que miro entonces? Pues miro dos globos de luz verdosa, horrible, a tiempo que oigo un ruido tremendo, algo como una voz infernal que me asorda, que . . . que. . . en fin, no doy razón de más: me había caído patas arriba, tal como mi Chusea. Después de media hora volví *en sí* y supe la buena nueva: la de que la fantasma era . . . adivine quien, compadre . . . .

= ¿El alma de doña Chomba, su difunta suegra?

= No tal; el bien venido fué Aguila. Pero verdad que la cosa fué para morir de miedo.

= Ya lo arco. ¿Y aquello de la juega?

= Voy al grano: ¿le parece poco eso de enseñar a un caballo venirse donde su legítimo dueño, con la montura, *cuchugos*, maletero y demás chilindrinas del *raptor*? Pues debe Ud. saber que Aguila vino enjaezado de primor, robándole al jete nete todos sus aperos, de los que en ley y conciencia me hice cargo yo; "quien roba de un ladrón".

= Cien días de perdón, compadre ¿y cuanto tiempo hace de aquella aventura. ?

= Haré memoria: mi hijo Onofrito estaba a las puertas y va hoy para los doce años, no para los diez; miento va . . . va . . . el hecho es que el caballo es potrejón y más que potrejón un caballo de golosina, como paso a demostrarlo.

Don Mariano sentó resueltamente el suyo, borneó la pierna y con gran estrépito de los es-

## EL NEGOCIANTE DE CABALLOS

tribos y espuelas, echó pie a tierra y, obligando al mozo a hacer otro tanto, montó en Aguila y se entregó con sentidos y potencias a la obra de lucirlo. Le espoleó a dos piernas, le cruzó las ancas y el pecho con las riendas para *levantarlo*, y en cuanto el paciente animal hubo corrido unos veinte metros, se tiró hacia atrás, sofrenándole tan bárbaramente, que Aguila no pudo menos que poner el hocico abierto a la altura de la cabeza del jinete, sentándose como un perro que aulla. En seguida le hizo dar vueltas y más vueltas, ya a la derecha, ya a la izquierda, tirando de la rienda correspondiente hasta obligarle a pegar el bello tembloroso a las raidas rodillas del amplio zamarro; por último, abriéndolo las riendas y tirando simultáneamente de las dos, púsole a caminar hacia atrás como un desconocido cangrego.

Todo eso y más hacía don Mariano con aire magistral y exclamando a debido tiempo:

=Paso por lo alto, paso por lo bajo; compás de calle; paso de camino; trote chileno; rienda a la derecha; rienda a la izquierda; asientos. En su entusiasmo, ni siquiera echaba de ver que el infeliz Aguila sudaba el kilo, jadeante, medio ahogado y que a poco exhalaría el último aliento; pues a su respetable edad, y en tales carnes, tan violentos, prolongados y repetidos ejercicios no eran para otra cosa.

Vueltos a sus respectivas caballerías los dos, y lucida a maravilla la mercancía, don Mariano, persuadido de que al mozo se le iba el alma tras

## EDUARDO MERA

su Aguila, comenzó el ataque de la manera más ladina.

= Bueno, exclamó: voy a tomarme la libertad de dar a Ud. un consejo de buen amigo; miento: un consejo de compadre desinteresado y que quiere su felicidad. Y pasando del tono melifluo al sentencioso, añadió: compadre, no se deshaga nunca, jamás, amén, de un buen caballo, ni de una buena montura, ¿oye? nunca, jamás, anón.

= Así lo haré, compadre.

= ¡Ecuat! Ahora otro consejo más importante todavía para Ud. que recién empieza a vivir; ¿se lo doy?

= Si es tan sabio como el anterior. . . .

= Pues bien: ¡hágase Ud. del gran Aguila!

Pedro, a quién se le había puesto entre ceja y ceja la idea de que don Mariano trataría de *endosarle* su armatoste, contestó resueltamente al oírle tan peregrino consejo:

= Este sí que no le acepto, compadre.

= ¡Cómo! ¿Pero por qué? . . . Pues . . . trató de arguir medio desconcertado el señor Paredes.

= Pues, sencillamente, porque no quiero que Ud. se quede sin él.

= Me . . . me . . . me sacrifico por los amigos, carapel replicó don mariano, pezeado en sus propias redes; y continuó con aire de protección: el susodicho es suyo por los trescientos patacones que me da el Pintoso, y no hay más que hablar: así soy yo ¿comprende?

= Gracias; no deseo comprar caballos.



## EL NEGOCIANTE DE CABALLOS

= Compadre! entienda que el infranominado es una categoría

= Sin embargo.

= Y una categoría así, de patente, no ha de encontrar Ud. ni volviendo a nacer diez veces; de manera que el caballo es suyo por lo dicho. . . Bueno; por ser a Ud. voy a hacerle una rebaja: se lo doy por la mitad. En cuanto a los grullos, no se apesure Ud., me los dará cuando tenga y cuando pueda. Le repito. . . .

= Muchas gracias; pero siento decirle que no lo desco.

= Le repito que Aguila es una ca-te-go-ría, volvió a decir don Mariano sentenciosamente. En seguida, dominado por el deseo de vender su caballo a todo trance, aprovechando de la circunstancia que crefa calva, continuó: con tal que Ud. se haga de un caballo que de poco sabe leer y escribir, voy a ofrecerle una ganga más: le *encimo* la montura; trato es trato y andando.

= Ni aún así.

= ¡Compadre! . . . no sea terco y sépase Ud. que "caballo grande aunque no ande".

= .....

= Y tordillo tostado antes muerto que cansado, como se estila en vez de alazán, en la tierra del gran Aguila.

= .....

= Y montura chocontana y mujer como Juliana, de noche, de día y de mañana, como *estilo* yo

= .....

= ¿Le parece caro por esa *puchuela*? pues

## EDUARDO MERA

ofrezca, que Ud. subiendo y yo bajando, hemos de acabar por encontrarnos.

Pedro que se había propuesto callar y sonreír, acabó por enfadarse con el impertinente tole y tole del buen hombre; pero aparentando mayor enojo que el que en realidad tenía, cortó por el medio el asunto, exclamando:

= ¡Caramba, compadrel le digo que no le compro su caballo, sea lo que fuese, ¿comprende?

Don Mariano entre amilanado y sorprendido, con la tristeza de quien siente morirle en el pecho una risueña esperanza, concluyó, después de larga pausa empleada en ver a Pedro con tamaño asombro:

= Lo siento, compadre de mi alma; lo siento por Ud. y le doy el más sentido pésame; le juro

Así las cosas, los ginetes atravesaron la desierta plaza del poblachón y se detuvieron frente a una casa a cuya puerta asomó una rubia cabecita, que desapareció enseguida, mientras una voz de niña, atiplada, dulce y medio trémula exclamaba:

= ¡Me muero, mamita; ya vienen! Y a tiempo también que la chiquillería de la escuela salía metiendo grande alboroto por la puerta del corralón, como una apretada partida de traviesas cabras que se viesan de súbito libres del redil y tratasen de llegar cada cual más pronto a su querencia.



**Los más acreditados  
productos de lechería en  
el Interior de la  
República, se elaboran  
en las haciendas  
Zuleta, San Agustín de Callo  
y Avelina Ascázubi,  
en especial la famosa mante-  
quilla "La Emperatriz" de  
San Agustín y los quesos  
holandeses de "La Avelina".**

**Propietario: L. PLAZA G.**

**Para toda clase de pedidos y negocios  
sobre estos productos, dirigirse  
al apoderado general:**

**Miguel Angel Albornoz**

**QUITO - ECUADOR:**

**Correo a Doméstico.—Teléfono N°. 114.**



**(El coleccionista puede arrancar esta página por o  
lado de la perforación).**

**CONSORCIO INDUSTRIAL**  
**COMERCIAL AGRICOLA**  
**G. MORTENSEN**

**I**MPOR { **Guayaquil**  
**E**XPORT { **Cuenca**  
**COMISION** { **PARIS**  
**Londres**  
**Bruxelas**  
**Hamburgo**

REPRESENTANTES EXCLUSIVOS DE LOS  
AFAMADOS AUTOMÓVILES FRANCESES:

**RENAULT y CITROEN**

Maquinarias agrícolas, Motores,  
Cristalería y Porcelanas.

Telas de seda, Algodón, Lana.  
Todo lo necesario para el arreglo de  
casas.

Ventas a crédito y a plazos

Quito: Dirección Postal: Apartado N 694

" Telegráfica: **GUSTSEN**

(El coleccionista puede arrancar esta página por el  
lado de la perforación).

# SASTRERIA «A. T. CEVALLOS»

Fundada en 1908

Confección de toda clase de vestidos

Renovación constante de casimires de  
las mejores fábricas de Londres

—:— Precios los más bajos —:—

Venezuela N.º 51,  
junto al Hotel Metropolitano

DIRECCIÓN POSTAL: APARTADO 6-8-6  
Quito-Ecuador-S. A.

## «Peluquería Imperial»

Instalación completa según los  
últimos adelantos de la higiene y la  
elegancia

Esmerado servicio de Baños de agua caliente

Adjunto Bazar de artículos  
finos para hombre

VENEZUELA N.º 66

DIRECCIÓN POSTAL: APARTADO 6-8-6  
Quito-Ecuador.-S. A.

(El coleccionista puede arrancar esta página por el  
lado de la perforación).



# Compañía Sueca de Fósforos

Dirección cablegráfica: **Ecuamatch**

DIRECCION POSTAL: APARTADO 690.—QUITO

==SUCURSAL EN GUAYAQUIL==

Oficinas en Riobamba,

=== Cuenca y Tulcán ===

---

**Dr. Alejandro Maldonado G.**

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES  
DE NIÑOS

—  
CLINICA Y OBSTETRICIA  
—

Con práctica en la especialidad 14 años

Teléfono 4 9 2      Carrera Venezuela

(El coleccionista puede arrancar esta página por el  
lado de la perforación).

# CASA LACASSAGNE

El establecimiento mas acreditado  
por sus inmejorables y legítimos  
Licores, Vinos y Conservas  
de toda clase.

**Especialidad en CONFITERIA,  
de Inglaterra, Francia,  
España, Italia y E. U.**

**CHOCOLATES NESTLE**

Ventas por mayor y menor,  
precios módicos. —Grandes  
descuentos a los mayoristas

ALMACEN y BAR. —Pasaje Royal  
**QUITO**

**Teléfono No. 9-5-4**

(El coleccionista puede arrancar esta página por el  
lado de la perforación).

# BOTICA INGLESA

---

**ALFREDO ZALDUMBIDE R.**

SUCESOR

Apartado N°. 48

QUITO

Teléfono 43

---

La más antigua

La más barata

---

Descuentos al por mayor

---

Para Provincias: descuentos  
y facilidades de pago

(El coleccionista puede arrancar esta página por el  
lado de la perforación).

## LA COLECCION DE LA PEQUEÑA BIBLIOTECA ECUATORIANA

"La Pequeña Biblioteca Ecuatoriana" se propone publicar cada mes, por lo pronto, una entrega, en la que irán apareciendo, sucesiva y alternativamente, prosas y versos, cuentos y novelas cortas, investigaciones históricas y estudios críticos, etc., etc., trazados por las más altas glorias del país.

En el afán de difusión cultural que persigue esta Biblioteca, escogerá de los escritores antiguos sus páginas inéditas o las rigurosamente desconocidas, y de los prosadores y poetas modernos y contemporáneos, dará la preferencia a la vasta falange de creadores artísticos cuyas obras permanecen ignoradas por mil causas, ya por la indiferencia del público, por las dificultades editoras o por la gran indolencia que nace de la carencia de estímulos. . . .

"La Pequeña Biblioteca Ecuatoriana" anhela en el porvenir ensanchar su esfera de acción, haciendo una entrega quincenal, que se la dedicará exclusivamente a difundir el conocimiento de nuestros mejores escritores, pintores y dibujantes, con breves rasgos biográficos, documentos particularmente interesantes, datos inéditos y la reproducción de sus obras más representativas.

La adquisición de todas las entregas de la "Pequeña Biblioteca Ecuatoriana" constituirá al final la colección más rica y preciosa de todas las manifestaciones de la cultura nacional.

# PEQUEÑA BIBLIOTECA ECUATORIANA

## ENTREGAS PUBLICADAS:

No. 1. Juan Montalvo.—*El Heraldo  
de las Siete Catilinas*

No. 2. Eduardo Mera.—*De Lejanas Tierras*

## ENTREGAS EN PRENSA:

Miguel Angel Albornoz, Jorge Carrera Andrade,  
Gonzalo Escudero, Alf edo Gangotena, Alberto Larrea Ch., Luis Martínez, José Peraltu, Pablo Palacio,  
Honorato Vásquez, Gonzalo Zaldumbide, etc., etc.



Los catjes y la correspondencia; dirijase a

**CARLOS H. ENDAEA**

Quito (Ecuador) S. A.

